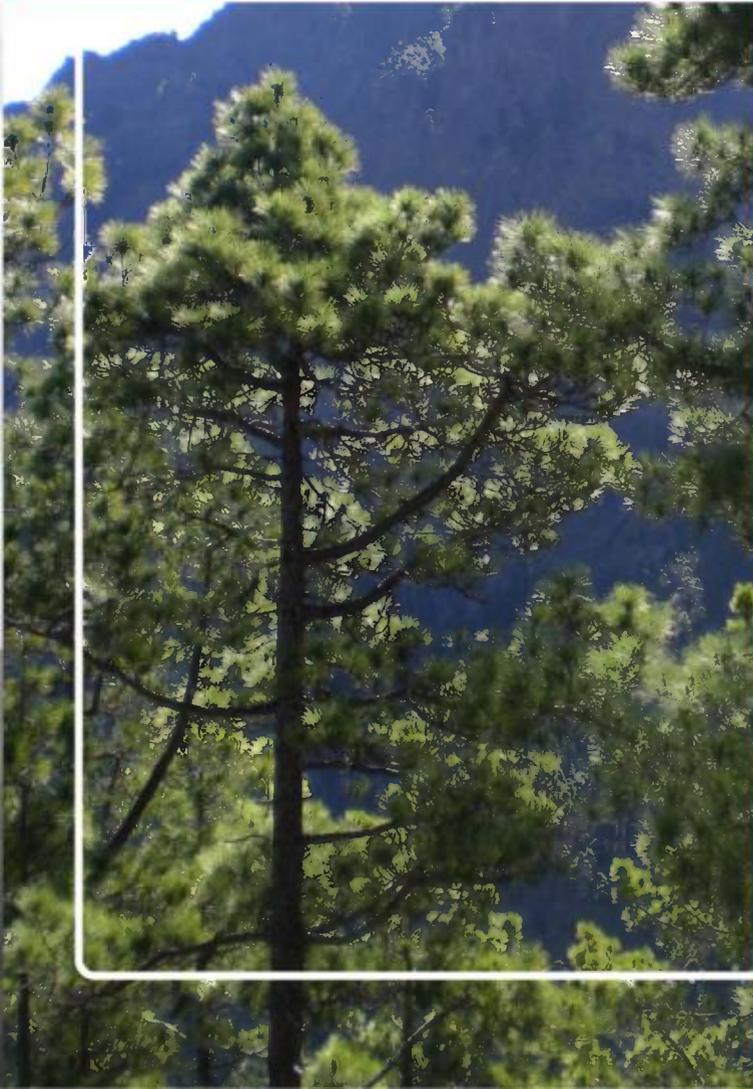


Ángel Sosa Ortega

Nueve islas,
Nueve ensueños



Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega
legna.asos@gmail.com

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

Maquetación: Iván Peralta
vanitaperal@gmail.com

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.
gdoramas@graficasdoramas.com

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

INDICE

PRÓLOGO	1
RELATO 1.- El Lagarto	3
RELATO 2.- Las Grajas	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpiska.....	55
RELATO 5.- Los Guirres.....	69
RELATO 6.- El Camello	86
RELATO 7.- Lobos	105
RELATO 8.- Los Cangrejos.....	119
RELATO 9.- Las Paredas.....	135
EPÍLOGO	149



Relato 3.- La Paloma

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Soledaíta miraba al suelo con mirada ausente. Estaba sentada en la pequeña habitación que le servía de zaguán, con la puerta de la casa abierta, y notaba el fresquito de la noche. Sus pensamientos vagaban sin rumbo. Había anochecido casi de repente como era habitual en las noches de otoño en la isla. Sintió algo de frío y se dio cuenta de que mantenía el quinqué sin encender. Se levantó con desgana, fue a por los fósforos, encendió uno para prender el petróleo, y con la lámpara en la mano caminó hacia el dormitorio en busca de una pañoleta que se puso por los hombros. Los reflejos de la llama del quinqué en las paredes parecían mariposas blancas que revolotearan por la negrura de la habitación. Volvió al zaguán y cerró la puerta de la vivienda no sin antes echar un vistazo al encapotado cielo. Posiblemente llovería en la noche al igual que en las noches precedentes lo que haría que de la tierra, ansiosa de la bendición del agua, se elevara el olor de las hierbas mojadas, del fango y de las plastas de los animales.

Desde que Manuel se le marchó en busca de mejores horizontes, Soledaíta cogió la manía de mantener abierta la puerta de su casa esperando su regreso, y también, aunque ella no lo supiera, para sentirse menos sola. Por el hueco de la puerta le entraba los ruidos del día. Un ladrido o un rebuzno, el cacareo de las gallinas, el kikirikí altanero del gallo al despuntar las mañanas, o el mugido de las vacas. Tan sólo de cuando en cuando pasaba alguna vecina que sin entrar le daba los buenos días.

-¡Adiós Soledaíta! ¿cómo se amanece?

-Bien, mi niña. Un poco jeringá pero nada de importancia.

Aquella noche Soledaita no tenía sueño. Se preparó un agua guisá con gofio y se la tomó despacito sentada en la silla de la cocina. Tomó una manzana de la mesa y la mordisqueó sin ganas. Estuvo mirando sin ver no se sabe cuánto tiempo y mordisco a mordisco acabó con la fruta sin darse cuenta. El agua se le enfrió y quedó en la taza con el gofio al fondo. En ésas estaba comadre Soledad, como traspuesta, cuando al pasar la vista por la pata de la alacena creyó ver una cuca volona, uno de esos bichos a los que odiaba. Se acercó a la pata con la zapatilla en la mano y ya cerca de lo que consideraba animal inmundo vio que no era tal. Era, para su sorpresa, una colilla apagada. La tomó en su mano, la acercó a la luz oscilante del quinqué, y vio que era la colilla, tiesa y vieja, de uno de los Mecánico amarillo que de siempre fumaba su ausente marido.

Un cúmulo de sensaciones encontradas le vino. Se preguntó cómo era posible que estuviese allí la colilla desafiando al pase diario de la escoba durante tantísimos días de tantos años que podía contar desde que Manuel marchó. Se acercó al balde de la basura para tirar la colilla y un impulso le paró la mano. Giró sobre sus pasos y se encaminó al tocador de la alcoba. Aquí abrió un pequeño cofre en donde guardaba cosas varias: algunas cartas, unos pendientes de oro, unas fotografías amarillentas, un colgante... Con mucho cuidado, como queriendo que no se desmigajara, depositó la colilla entre estos tesoros. Luego un sollozo le salió del alma; contenido al principio, desbordado después como el agua de la presa cuyo muro se rompe, el llanto impetuoso rompió los límites de su corazón angustiado y Soledaita entró en unas convulsiones imposibles de sofocar. Se tiró sobre la cama y hundió la cara en la almohada y lloró hipando y ahogándose mientras su cuerpo brincaba de forma incontenible.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Quedó rendida en horas de la madrugada. Un sueño inquieto, casi una pesadilla, le acompañó hasta unas pocas horas más tarde en que el mugido repetido de la vaca pidiendo ser ordeñada le despertó. Al pronto no recordó. Luego se notó vestida y húmeda, sin tapar, y a su mente volvió la angustia. Y la vergüenza. Como autómatas atendió a los animales, pasó una escoba por la casa, saludó a la vecina que se asomó por la puerta abierta y tomó un café bien cargado para espabilarse. Por la tarde fue a la iglesia para pedir a Dios y al cura que la perdonaran.

-Ave María Purísima

-Sin pecado concebida. Hija, ¿de qué te acusas?

-Padre, yo... un sollozo le impidió narrar su experiencia. Y además, ¿cómo podría ella contar a un hombre, por muy santo varón que fuera, su excitación inimaginable para ella misma ante el recuerdo, profundo y sentido, de quien fue dueño de su cuerpo por el hallazgo de una colilla de aquel cigarro virginio?

-Padre, es que... esa colilla... tenía aún su saliva pegada al papel de fumar y pensé, Padre, en sus besos y en sus caricias. Noté en mi cuerpo sus abrazos y la forma loca de amarme. Percibí su olor recio y sentí unirse su sudor al mío en un estremecimiento que me llevó al paroxismo

Casaron jóvenes y su matrimonio había agradado a todos. Buena pareja, guapa ella, rudo él, con esa hombría que da los días pasados a la intemperie trabajando de sol a sol, formaban buena pareja. Se conocían desde pequeños pues habían nacido en el mismo pueblo y habían asistido a la pequeña escuela de doña Rosalía. Él era

retraído y poco hablador y ella alegantina hasta por los codos pero hicieron siempre buenas migas.

Quedó Soleadita en estado de buena esperanza un par de veces sin poder llevar los embarazos a buen puerto. La falta de descendencia distanció a la pareja y cada uno fue, sin proponérselo, encerrándose en sus propios pensamientos.



Un día Manuel decidió embarcar. Estaba harto, dijo a la mujer, de la falta de oportunidades que le ofrecía la isla.

-Al oírle, padre, la desesperación se instaló en mí. Pensé que Dios me castigaba por ser estéril y me abandonaba. Me sentía como debe sentirse la paloma amenazada por el gavilán: un miedo horroroso se apoderó de mí y a mi mente volaron como un enjambre de moscas las historias oídas a baja voz de maridos que habían marchado y no habían vuelto jamás. ¿Va a ocurrirme a mí lo mismo, padre? ¿Seré una mujer ni casada, ni viuda, ni soltera?

Quiso contar Soledaita al buen cura cuando se habían amado por primera vez. Lo recordaba como si hubiese sido el día anterior de tan intenso que era el recuerdo. Fue en lo alto de la isla donde las laurisilvas forman el bosque sagrado de Garajonay. Aun eran novios y habían subido de paseo con un grupo de amigos a pasar el día recorriendo los senderos que llevan hasta los pequeños riachuelos de agua clara. Se adentraron por entre los árboles centenarios, verdes de agua por donde llega el alisio y ocres de madera de árbol de troncos robustos. Queriéndolo o no, Soledaita no sabría decirlo, se fueron separando del resto y quedaron perdidos en el terreno que conocían tanto. Llegaron al bosque del cedro, mítico lugar que en días de nubes bajas queda obscurecido en pleno día. Y se amaron con el apasionamiento que da la inexperiencia de la juventud.

No perdonaron las vecinas su aventura. No en vano Manuel era un partido apetecible para las niñas casaderas que vieron frustrados sus sueños. Los padres perdonaron aunque en su amor dijeron a Soledad que había hecho mal, que su cuerpo era sagrado hasta el

matrimonio. ¡Mal! madre, ¿qué mal? ¿A quién hicimos daño? Quería la muchacha gritar a su madre contestándole con vehemencia pero los gritos que le salían del corazón no pasaban de su garganta.

-Que Dios me perdone, Padre, pero estoy empezando a pensar que mi Manuel es un zarandajo. ¡No hay derecho, no señor, que se haya marchado para tierras extrañas y me haya dejado sola con este vacío que tengo en el alma! ¿No era mejor, me pregunto, que se hubiera quedado aunque sea comiendo una rala de gofio que ir en busca de aventuras? ¡Y a saber, Padre, con qué pendejos se estará acostando!

Al poco de marchar Manuel para América Soledaíta vistió de luto como si hubiera enviudado, igual que habían hecho antes que ella las otras mujeres que en el pueblo habían quedado solas. Y como las demás mujeres no encontró consuelo para su magua más que trabajando como una burra de sol a sol. Trabajó el campo y la casa y además hubo de acudir a trabajos ajenos para ganar unas perrillas que le permitiera comer todos los días. Las remesas de dinero prometidas venían de tarde en tarde junto con una carta. Manuel, hombre de campo, era poco dado a la escritura y sus cartas eran lacónicas. "Estoy bien, decía, y espero que tú también estés bien. Te mando unos bolívares que podrás cambiar y que te ayudarán hasta mi regreso. Como trabajo mucho espero reunir una pequeña fortuna".

Las ansiadas cartas le producían tristeza a la par que alegría. Esperaba cartas llenas de amor en la que Manuel le dijera cuanto la echaba de menos. Las pocas palabras le producían un desgarró en el alma difícil de soportar y las releía queriendo estirarlas y saber por

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

ellas como era la vida de su marido en las tierras por donde andaba. Hasta que dejaron de llegar.

-No me amaño, Padre, sin sus cartas que no recibo desde hace meses, años tal vez, no sé, pues he perdido la cuenta del tiempo sin ellas. Sufro por su silencio y prefiero ahora mil veces sus cortas noticias que antes aborrecía. Quisiera saber por donde anda y si sigue



queriéndome con aquel amor apasionado que me dejaban sus besos. Quisiera estar segura de que él también ansía estar abrazado a mí, unida carne con carne formando un solo cuerpo nuestros dos cuerpos. Deseo adivinar en el rasgo de su letra su impaciencia por tenerme.

Para la pobre mujer la vida se había vuelto un sin vivir. Los días en que llegaba el barco de pasaje a la isla, caminaba con pasos cansino hasta el muelle desde varias horas antes y permanecía quieta bajo el sol o la lluvia para verlo atracar, y luego miraba con ansiedad a

todos los hombres que desembarcaban. Se llevó más de un chasco queriendo ver a Manuel en cada pasajero que bajaba la escalerilla con una maleta y llegar corriendo hasta él para abrazarlo.

Había adelgazado mucho, tanto que en realidad Soleadita estaba flaca como un bijarro, tal como decía su madre. Comía lo imprescindible y la ropa le colgaba como si la llevara puesta el palo de una escoba. De todas formas sacaba fuerzas de flaquezas y atendía a sus obligaciones como si en ello le fuera la vida. Cuidar la casa y a los animales era el mejor antídoto contra la enfermedad del alma que padecía. No se amañaba, no, a estar sin su Manuel que tan vivo tenía en el pensamiento.

Cuando al fin recibió la carta que tanto anheló en otros tiempos, casi le da un síncope. Al tenerla entre sus dedos temblorosos la miró con prevención y quedó dudando entre romperla en pedazos chiquitos o en abrirla para conocer su contenido. Por su cabeza pasaron a ritmo vertiginoso los recuerdos. De cuando se conocieron en las fiestas del pueblo, de los paseos por las montañas cercanas, de las idas al mar en las tardes veraniegas, de su amor primero bajo las laurisilvas, de sus años juntos viviendo el romance de su matrimonio, de los trabajos arduos al labrar la tierra...

Rasgó el sobre con manos temblorosas y sus ojos se nublaron al ver el papel escrito que contenía. Las pocas palabras parecían bailar delante de sus ojos. Era una misiva corta y escueta que daba cuenta de la partida de Manuel, hacía ya un tiempo, de vuelta a las islas y de su intención de regresar a la Gomera.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

-Campanas gozosas repicaron para mí, Padre. Mi marido venía de vuelta a casa. Olvidé de pronto que me había dejado sola y que su silencio destrozó mi alma. Dejé de pensar en mi angustia, en el vacío vivido durante tanto tiempo y en mi desesperación de tantas noches en que hube de dormir sin su cuerpo a mi lado. Volvió a mí la felicidad de una espera nerviosa, y no dejaba de pensar en sus besos que volverían a mis labios, llenos de pasión.

Soledaíta dejó a un lado las ropas negras y vistió sus trajes de vivos colores que le quedaban ahora muy holgados por su delgadez. Volvió a ir al puerto como antes con paso decidido y alegre, incluso en los días en que no llegaba el barco de pasaje. Quería creer que su hombre llegaría en cualquier momento y por cualquier medio, quién sabe si saliendo del fondo del mar como si fuese el dios de los océanos. Con este estado de ánimo recibió la siguiente carta.

La miró con curiosidad y desconfianza mientras se dejaba caer en el escalón de entrada a la casa para leerla. Rompió el sobre y sacó la hoja de papel del interior; en éste las pocas letras escritas con mano insegura parecían bailar. De sus ojos, reidores en los últimos días, brotó mansamente un torrente de lágrimas incontenible.

-Lloré como si llorara por todos los pecados del mundo. Sentí angustia y la desesperación se apoderó de mi alma ante la noticia. Bien sé, Padre, que la felicidad no es cosa de este mundo pero estuve tan cerca de conseguirla... Manuel venía a mí y yo lo esperaba como esperan los pájaros la alborada y para mí era el rocío que iba a traer la frescura a mis carnes sedientas y el calor tibio que volvía a mi cama desangelada.

La mujer, arrodillada en el confesionario estrujaba la carta en la que había recibido la noticia que había perturbado su espíritu. El buen cura oía su confesión y buscaba palabras de consuelo que no se atrevía a pronunciar. Por su cabeza pasaban las imágenes que su feligresa había ido desgranando en tantas tardes de confesión desde que Manuel había marchado a América. Sabía de sus sufrimientos al igual que sabía de las desventuras y esperanzas frustradas de otras tantas mujeres del pueblo cuyos maridos habían emigrados. Oía el crujido del papel en manos de Soledaíta y en su curiosidad domeñada ansiaba preguntar por lo que en la carta le decían de Manuel. Pero permanecía paciente sabiendo que más temprano que tarde le sería desvelado el secreto pues la mujer, todas las mujeres que habían quedado solas, buscaban en él el consejo adecuado a sus tribulaciones.

Al fin, como premiando la paciencia del cura, la mujer se atrevió a desvelar el contenido del mensaje: -Se ha arrejuntao mi Manuel con otra, Padre, con la que ha tenido hijos y me dice, y ya es el colmo, que van a venir juntos. Será, creo yo, para pasármela por el hocico. El cura rezó como para sí el Paster Noster a media lengua. Por un instante llegó a pensar que mejor le hubieran dado la noticia de la muerte de semejante guanaja por lo que se santiguó arrepentido.

Como sonámbula iba Soledaíta al muelle sin saber a qué. Rumiaba sus pensamientos y a veces trataba de imaginarse su vida si todo fuera al final una broma de mal gusto. Miraba sin ver a los barcos salvo cuando llegaba el de pasajeros. Entonces su mirada se mantenía fija en la escalinata hasta que el rastro del último hombre o mujer en bajar se perdía por las callejuelas. Sin más que hacer volvía a su casa y

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

atendía a sus labores domésticas y a los animales sin más ánimo que el que éstos le daban con sus mugidos y cacareos.

A veces pasaba alguna vecina que sin entrar la saludaba:

-¡Adiós Soledaíta! ¿Cómo se encuentra?

-Bien, mi niña. Un poco jeringá pero nada de importancia.

La contestación era la misma de siempre pues de ninguna de las maneras hubiera permitido la mujer que hurgasen en su corazón. Bastante tenía con los consejos y lamentos de su madre que la empujaban a odiar a su marido.

Un día llegó Manuel. Apareció arriba del todo de la escalera como un personaje inaccesible. Vestido de blanco, tocado con un sombrero de anchas alas, su cara resplandecía con el sol mañanero que la iluminaba. En su boca un puro descomunal llenaba de satisfacción a su oronda figura. Soledaíta tuvo ojos sólo para él durante un largo rato y así no vio de pronto a la mujer y a los niños que vestidos también de blanco seguían al indiano. La dama era bella y su exótica cara quedaba enmarcada y algo oculta por la pameja y el velo que lucía. Los niños, de pantalón corto y tirantes, bajaban como si fuesen los príncipes de un país lejano.

Al llegar a tierra los pasajeros se acabó el embrujo y una oleada de furor sacudió el cuerpo de la atribulada esposa. Se sintió ultrajada y la vergüenza y el despecho volvieron a su corazón. Sin mirar por donde andaba tropezó con una piedra de tamaño regular que estaba en el suelo y a impulso de su ira la tomó en su mano, la volteó y la lanzó contra el grupo sin apuntar siquiera.

Soledaíta la de Manuel se confesó una vez más con el buen cura.

-Le aseguro que tiré a matar pero la piedra fue a dar contra el ancho sombrero de él y todo quedó en un susto. Le confieso, Padre, que de lo único que me arrepiento es de mi mala puntería.

Y entonces el cura, santo varón y hombre sabio, rompió su silencio de siempre, y de su boca, con voz firme y afilada como un bisturí, salió la siguiente exhortación:



NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

-Te perdono hija mía, pero te advierto que la próxima vez que tires el tenique y no le des con todas tus fuerzas en mitad de la testa al cabrón de tu marido no obtendrás el perdón ni tan siquiera de la misericordia infinita de Nuestro Salvador.



Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

